

El vínculo filial abierto a lo social y en reflexión con el Papa Francisco

The Filial Bond open to Reflection with Pope Francis

Javier Aznar-Sala

Doctor acreditado en Sociología de la Religión
Universidad Católica San Vicente Mártir (Valencia)

Sede de Alzira. Departamento de Teología

fjavier.aznar@ucv.es <https://orcid.org/0000-0003-0510-0425>

Resumen: La figura concreta del hijo se ha abordado desde distintas perspectivas, pero en muchas ocasiones como un apéndice de los estudios de la familia, lo que repercute a la hora de estudiar la condición filial en su concreción. Por ello el objetivo del presente artículo intenta abordar con amplitud la condición filial en su particularidad y no únicamente como sujeto transversal a los estudios sobre la familia. La metodología utilizada en el presente trabajo abarca una recopilación de la crítica literaria sobre el tema en cuestión y puesta en relación con los documentos magisteriales del papa Francisco. Los resultados de este estudio nos insertan en lo mejor de la tradición cultural del humanismo cristiano y las posibles soluciones que desde esta perspectiva podemos observar como sociedad. El objetivo era dialogar con el magisterio de Francisco y de este modo acercarlo por medio de un artículo de investigación al mundo académico.

Palabras clave: Relación padres-hijos; Brecha generacional; Educación familiar; Magisterio.

Abstract: The specific figure of the child has been approached from different perspectives, but on many occasions as an appendix to family studies, which has repercussions when studying the filial condition in its concretion. For this reason, the objective of this article tries to broadly address the filial condition in its particularity and not only as a transverse subject to studies on the family. The methodology used in this work includes a compilation of literary criticism on the subject in question and related to the magisterial documents of Pope Francis. The results of this study insert us into the best of the cultural tradition of Christian humanism and the possible solutions that we can observe as a society from this perspective. The objective was to dialogue with the teaching profession of Francisco and thus brings him closer to the academic world through a research article.

Key Words: Parent child relationship; Generation gap; Family education; Magisterium.

1. Introducción

Si existe alguna condición radical que sea común a todo el género humano es la realidad filial, es decir: todos somos «hijos» sin excepción y lo somos de forma diacrónica. Nunca dejamos de serlo a lo largo de nuestra biografía vital. En el transcurso de nuestra vida podemos ser esposos, hermanos, padres, abuelos, etc., pero siempre como condición de posibilidad, pues podríamos no serlo. Lo que es seguro es nuestra realidad radical de hijos que nos constituye y tamiza a todos por igual. La filiación es cronológica y se configura, además del propio nacimiento biológico, en torno a un vínculo de relaciones intrafamiliares estables. Incluso, suponiendo la posible ausencia de unos padres en un contexto de orfandad o de abandono, no sería óbice para que el ser humano en cuestión se considere hijo de unos «álguienes». Así lo indica el deseo de conocer a unos padres biológicos en aquellos que por diversos motivos fueron dados en adopción o no conocieron sus orígenes biológicos.

Es más, autores como Leonardo Polo (1926-2013) añaden a la filiación biológica otra de tipo espiritual a la que denomina como “real” y que se predica de la relación paternal con Dios (2015, p. 99). En este sentido –el autor madrileño, continuando la línea iniciada por otros autores– fundamenta su estudio en aquella secuencia bíblica que entiende al ser humano como “misterio profundo que viene de Dios y que depende enteramente de él” (Lorda, 2009, p. 41). Desde esta perspectiva, la naturaleza humana se eleva y la filiación es doble en orden natural y, a la vez, sobrenatural. Esta idea ya la sostuvo en sus escritos el pensador francés Jean Guitton, quien señaló en una obra –a modo de testamento espiritual– que se sintió en todo instante hijo de un Padre eterno: “Y en ese momento soy yo, vivo, he sido seré, era incluso antes de ser, cuando permanecía en vos eternamente en estado de ‘proyecto’, de pensamiento, de predestinado en potencia, de cuadro viviente” (2004, p. 103). En consideración con esta imagen, “La *Gaudium et Spes* ha ensayado una visión armónica de la doble dimensión humana (personalidad-socialidad)” (Ruiz de la Peña, 1988, p. 211), que repercute en la dimensión dual del ser humano como ser amado por lo que es y, es más, entendible en su dimensión relacional con los otros, con el mundo y con Dios. En este sentido se recoge la significativa tradición humanista de Emmanuel Lévinas (1906-1995).

2. La condición radical de la filiación

2.1. El ser hijos y el proyecto familiar

La filiación, fruto de la diacronía intergeneracional, consiste en asumir el futuro de los hijos y de sus aspiraciones más profundas en un marco educativo y de crecimiento personal y humano. De alguna manera, la realidad del hijo introduce en la figura del padre la necesidad de responder generosamente dentro de la coyuntura responsable de aquellos hijos que están bajo su amparo. La actitud contraria resultaría inhumana y poco edificante para la sociedad en su conjunto, pues de la paternidad y maternidad no se espera el rechazo, sino el encuentro gratuito y amoroso. Los «hijos» nacen a raíz de un proyecto de responsabilidad que les precede y que debe protegerles en un largo periodo del existir humano, dada la condición humana de larga vulnerabilidad.

Es más, la filiación es el dato más genuino de cualquier rasgo personal, pues si algo no podemos «no-ser» es dejar de ser hijos a lo largo de nuestra trayectoria vital. Resulta evidente que nos permite reconocer nuestra propia biografía personal y sabernos seres relacionales que proceden de una misma estirpe: “un rasgo fundamental del ser humano es ser con los demás y para los demás: la relación con otros sujetos constituye y forma parte de la definición del hombre” (Gevaert, 2008, p. 44). El rasgo de la personalidad no se extrae únicamente del nudo de relaciones que se da en medio de una trayectoria biográfica concreta, sino que la realidad del hijo constituye a la persona en sí y la determina de por vida. De hecho, “el origen y fin de la familia es la filiación. En cuanto a su origen, la familia deriva de la filiación personal –pues cada hombre es radicalmente hijo–. Así fue originariamente con Adán y Eva, pues formaron una familia porque antes eran hijos” (Sellés, 2020, p. 27).

Si la realidad de la filiación nos configura como personas desde el inicio y como realidad humana primigenia, el ataque al hijo, como puede derivarse de cualquier tipo de infanticidio o negación del mismo, redundaría en un ataque directo a la persona concreta en su constitución y a la sociedad como amparo del sujeto colectivo o social. Si la realidad del «hijo», como venimos señalando, es fundante y primigenia, negar esta realidad deriva en la consiguiente negación de las posibles relaciones posteriores que se van configurando a lo largo de toda una biografía tanto personal como colectiva. Si se niega la primera causa, todas las restantes caen a modo de efecto dominó y el círculo se presenta como imparable. De esta forma se puede entender que negar al hijo comporte negar el matrimonio, la figura del padre y de los mayores y

hasta el valor radical de la propia vida humana. Así se pueden “entender” cifras tan alarmantes de divorcios y de abortos, abandono de los padres y, finalmente, la eutanasia, pues la vida ha sido agredida en su raíz y atacar la figura del «hijo» es a la vez arremeter contra el «futuro» de lo humano. Es más, una sociedad sin hijos, como ocurre en países como España y en todo el arco occidental, ofrece una sociedad sin futuro, por lo que la filiación va ligada inexorablemente al proyecto de toda sociedad humana que crea en sí misma.

El propósito de formar una familia no se entiende sin el deseo común del hijo, este puede llegar –o no– por cuestiones varias, pero el deseo de albergarlo permite al matrimonio mirar conjuntamente hacia alguien que es distinto de ellos y que nace como fruto de su amor: “un niño es precisamente el signo y el sacramento de la libertad personal. Es una tierna voluntad libre que se añade a las demás voluntades del mundo; es algo que sus padres han decidido producir libremente y que libremente acuerdan proteger” (Chesterton, 2009, p. 570). Otra cosa distinta será una realidad binaria de dos personas que se miran mutuamente, pero sin el deseo de mirar un proyecto común donde queda un tercero, por lo que el “deseo del hijo” edifica y construye la realidad familiar y la determina desde el inicio.

Una cosa es una pareja y otra bien distinta una familia. En nuestra exposición señalamos “el deseo del hijo” con toda intención, pues se dan casos donde por motivos biológicos no ha sido posible este acontecimiento vital, pero tal hecho no es óbice para que el deseo de mirar conjuntamente un mismo proyecto filial haya constituido una unidad familiar –independientemente de si el hijo ha venido o no–, y que en estos casos se dé también el proyecto familiar merced al “deseo”. Del mismo modo, un hijo adoptivo supone una mirada de amor conjunta hacia la acogida y, sin duda, le precede el mismo deseo que a aquellos que han tenido hijos biológicos. Esta misma pretensión de construir una familia donde quepa la figura del hijo es suficiente para que se dé tal proyecto común en unas familias y en otras de forma indistinta.

El problema se da cuando, como ocurre en la sociedad postmoderna, no existe el “deseo del hijo” como proyecto mutuo, lo que desconstruye la unidad familiar que es de por sí trina en tanto que pretensión de apertura [por trina entendemos esposo, esposa y deseo de los hijos]. En muchos casos la sociedad actual entiende el amor de pareja como un amor simplemente romántico y en medio de una realidad exclusivamente binaria y cerrada. No hay familia funcional cuando la relación se repliega sobre sí misma y sin deseo de que se produzca el posible fruto de la entrega. En estos casos es mejor hablar sencillamente de relación de pareja, pues no se trata simplemente de

definiciones, sino de realidades: “Hay que decir que el cariño mutuo no basta. Un matrimonio en el que el marido y la mujer vivan pendientes el uno del otro, y sus vidas no tengan lugar para nadie más, acabará por amargarse. Un matrimonio verdaderamente feliz descubre continuamente nuevos horizontes; está abierto a otras personas, también a una futura descendencia” (Burggraf, 1999, p. 90).

3. La figura del hijo en nuestras raíces culturales

3.1. Desde las culturas primitivas al concepto de persona dado en Occidente

Cada etapa de la historia presenta retos y dificultades distintas y deudoras al mismo tiempo de una coyuntura concreta. La figura del hijo en las sociedades antiguas poseía un marcado carácter de bendición; de hecho en la cultura semítica tener muchos hijos era signo de bendición divina, como era signo contrario el no poder tenerlos. Esta lectura se desprende de uno de los salmos del Antiguo Testamento que canta la prosperidad que supone para un padre una prole numerosa, como signo de seguridad y de fuerza en su vejez: “Los hijos son un regalo del Señor; los frutos del vientre son nuestra recompensa. Los hijos que nos nacen en nuestra juventud son como flechas en manos de un guerrero. ¡Dichoso aquél que llena su aljaba con muchas de estas flechas! No tendrá de qué avergonzarse cuando se defienda ante sus enemigos” (*Salmo*. 127, 3-5).

De esta forma se canta la fertilidad de la mujer y se ensalza su seno como el fruto de la bendición divina a modo de suerte de gran riqueza y signo de elección: “Será tu esposa como parra fecunda en medio de tu casa; serán tus hijos como renuevos de olivo en torno a tu mesa” (*Salmo*, 128, 3). No en vano Abraham vive la esterilidad de Sara en términos de frustración y resignación, puesto que ésta no le había dado todavía hijo alguno y ya habían entrado ambos en la ancianidad (*Gn.*, 16, 1-2). Bien sabía Abraham que el no tener hijos le conducía a la soledad en la vejez y a la imposibilidad de perpetuar su linaje, abandonados ambos en un contexto nómada de desamparo al no tener hijos que les cuiden en este periodo tan delicado. No obstante, la presión por la falta de estirpe en la Biblia posee un carácter más bien cultural que teológico.

Sabemos de culturas paganas próximas al entorno de Israel que despreciaron la vida de sus hijos al hacerlos depender de la coyuntura que pudieran vivir. Ponemos por caso el ejemplo del pueblo griego, o cuando los cananeos sacrificaban a sus primogénitos con la esperanza de una mayor prole en el futuro. En el mismo sentido, en la

Roma antigua, la *Columna Lactaria* escenificó un importante símbolo ligado a las nodrizas y un lugar de abandono de los recién nacidos. Por lo tanto, la figura del hijo no ha sido siempre ni en todas partes acogida del mismo modo, sino según qué culturas y momentos ha presentado ambivalencias y dificultades. Con la llegada del cristianismo al Imperio Romano toda esta visión cambió para convertirse en una presencia benéfica que había que cuidar como don de Dios y desde el concepto de persona que ya desarrollaran los Santos Padres desde el dato revelado en la Sagrada Escritura: “Es necesario dejar constancia desde el principio que lo más determinante en el concepto patristico de hombre es la idea bíblica de *imagen*” (Ponce, 1997, p. 154).

La misma cultura hebrea veterotestamentaria escenificó un nuevo modelo de relación con los hijos o una nueva mirada sobre la filiación que derivaba de la misma imagen divina: “Dios, independientemente de las obras hacia el exterior, vive en sí mismo como amor. Pero esto no es imaginable como amor a Sí mismo, sino como amor interpersonal. Por tal razón, en el misterio de la Trinidad se comunica sobre todo la idea según la cual Dios es, en su esencia misma, una venida personal del amor” (Scheffczyk, 2015, p. 205). Esta idea de interrelación, como imagen que el ser humano posee de Dios, le permite ser un sujeto social más que individual y que es capaz de relacionarse con su Hacedor y con los demás seres de la creación.

La individualización nace propiamente con la filosofía cartesiana y desde este momento el pensamiento moderno “se caracteriza por ver al hombre sobre todo y preferentemente como un ego «yo»” (Gevaert, 2008, p. 30). Esta nueva perspectiva, o mirada, acentuará en la modernidad una progresiva crisis de implosión demográfica que ya fuera definida por autores clásicos como: Platón, Aristóteles, Tomás Moro, Campanella, Bacon, Hobbes, Adam Smith y Malthus. Siguiendo las mismas tesis del malthusianismo y aplicándolas al presente: “El número de personas de 60 o más años de edad debería triplicarse de 2001 a 2050, pasando de 606 millones a dos mil millones. De aquí surge una pregunta entre otras: ¿cuántas mujeres en edad de fecundidad habrá entonces y cuál será su tasa de fecundidad?” (Schooyans, 2006, p. 175). De alguna manera, estas tesis han ido perdiendo fuerza pues el rango de nacimientos incluye muchos y numerosos factores que Malthus no supo vislumbrar en su época.

3.1.1. La dignidad de la persona humana y del vínculo filial

La dignidad de la vida y de la persona se extendió con rapidez a la prole y a todo el conjunto de la institución familiar con la llegada

del cristianismo. De hecho, una verdad que nos iguala a todos sin excepción es el haber «nacido de mujer» y la certeza de que nadie posee el origen en sí mismo, sino que provenimos de «otra» que no somos nosotros; de ahí la condición radical de la vinculación filial referida a la madre: “Entre madre e hijo existe una relación íntima que no es comparable a ninguna otra relación humana” (Burggraf, 1999, p. 91).

Para la revelación de esencia judeocristiana la vida se entiende desde un proyecto de bondad que le precede: “únicamente podemos hablar de una religión verdaderamente personal cuando en ella se instauran entre el hombre y Dios relaciones recíprocas como las que existen entre dos personas. Esto ocurre esencialmente en la religión revelada” (Wojtyla, 1999, p. 69). Este proyecto permite que cada uno sea «hijo»: “De hecho, la dimensión de la filialidad no desaparece nunca, ni siquiera cuando la edad parece alejar el origen del que cada uno procede. En efecto, cada uno permanece hijo siempre” (Rota Scalabrini, 2016, p. 40).

En el transcurso de una trayectoria vital muchas relaciones pueden sucederse a lo largo del tiempo, pero el reconocerse hijos constituye un dato referencial incomparable. El propio Barzilai, amigo del rey David, expresa su condición radical de filiación a pesar de su ancianidad consumada: “Yo ahora soy un hijo de ochenta años” (*Salmo*, 19, 36). De alguna manera, queda implícita la idea de que en todo hombre pervive en todo instante, hasta su muerte, la idea nítida de que se es ante todo «hijo»: “reconocer la propia filialidad es indispensable, para que el acto de engendrar sea vivido realmente en su plenitud de sentido; de hecho, la aceptación de ser propiamente hijos prepara para llegar a ser padres y madres responsables y para conferir el estatuto de *hijos* a los que nacerán” (Rota Scalabrini, 2016, pp. 40-41).

De este texto veterotestamentario se desprende la idea de que el propio reconocimiento de la filiación es condición *sine qua non* de la posible y futura paternidad o maternidad. De la realidad incondicional del ser «hijos» se pueden predicar el resto de relaciones posibles a lo largo de una vida, pero ser «hijo» es la única que no puede no-ser. A lo largo y ancho de una trayectoria vital un sujeto concreto puede o no ser esposo, padre, madre, abuelo, abuela, hermano, hermana..., pero de ninguna manera se puede no-ser-hijo, pues sería claramente no-ser (no haber sido engendrado), por lo que deducimos con nitidez que la condición de «hijo» es radical en sí misma y las otras son relativas a esta condición primera: “se puede venir a la vida y ser inmediatamente abandonados o desconocidos. El ser concebidos pide que el bien de la vida siga siendo un don que la persona está llamada a acoger (Rota Scalabrini, 2016, p. 41).

3.1.2. La diacronía del vínculo filial como realidad que le constituye

Como estamos fundamentando a lo largo de este estudio, sobre la condición de «hijos» pivota toda una posible realidad de relaciones humanas. Si decimos que todo «hijo» nace de mujer, podemos decir en consecuencia que el mejor ámbito para acoger esta vida es la familia funcional. Para la Escritura, la familia es la cuna de las generaciones, pero ello no es óbice para que “la familia sea una entidad perfecta o que los hijos nacidos fuera de una comunión familiar no lleven consigo el signo de la bendición o de la promesa divina, que está sobre toda vida humana” (Rota Scalabrini, 2016, p. 41).

La condición filial, sea esta como fuere su progenie, es sustantiva a todo ser humano. La presencia de los hijos conduce a establecer relaciones de diacronía jerarquizadas en plano vertical. En tal sentido, el hijo resulta ser “condición inexcusable del hecho social familiar que nos hace humanos” (Pérez Adán, 2008, p. 58). Así pues, la diacronía establece una adecuada relación jerárquica que es necesaria para el buen transcurso de una vida, pues “fuera de una estructura jerárquica el individuo se halla perdido” (Martín-Blázquez, 2017, p. 82).

Este dato es relevante, no porque estemos acentuando la figura del hijo como sustantiva a todo ser humano y que esta pueda derivar en una visión sesgada del hecho familiar, sino porque es precisamente condición *sine qua non* en tanto que biográfico. La condición de «hijos» es constitutivamente predicable de toda persona en su concreción, ciertamente, pero no se entiende sin un nudo de relaciones humanas que del mismo concepto se predicen. No subrayar la relación de diacronía que se establece desde la presencia del hijo sería hacer una injusticia a la verdad que encontramos desde las ciencias sociales: “La única revolución inequívocamente victoriosa es aquella que, en el curso de los últimos decenios, ha sustituido el valor diacrónico de cada existencia individual –entendida como ordenado relato del tiempo– por la noción sincrónica de unas vidas concebidas como arbitraria acumulación de experiencias” (Martín-Blázquez, 2017, p. 75).

La vida humana no se puede fundar sobre la emoción o desde la simple acumulación de vivencias; ciertamente estas son importantes en referencia a la experiencia y la determinación, pero no constituyen la esencia del ser mismo. Este dato es importante en relación a lo que pretendemos explicar dado que el “sujeto humano no sólo es, sino que *coexiste*” (Pérez Adán, 1997, p. 82). En tal sentido, no ocultamos nuestra perspectiva comunitarista, defendida por el sociólogo de origen hebreo *Amitai Etzioni* y que sitúa la verdad del sujeto

social “entendida como colectivo humano unido por relaciones” (Pérez Adán, 2003, p. 115). La *coexistencia*, como hemos dado en llamar al nudo de relaciones que se establecen diacrónicamente a lo largo de una vida, consiste en la comunicación a través del tiempo con miembros que pertenecen a otras generaciones distintas a la del sujeto en sí, pero que le son necesarias para constituirse como tal sujeto humano. No se trata de relaciones casuales o superficiales, sino que se traban desde dentro del ámbito familiar a lo largo de toda una trayectoria vital y dentro de un prolongado arco de tiempo.

Aquellos que no pertenecen al ámbito familiar propio los reconocemos como distintos a los miembros de nuestra familia, lo que hemos dado en llamar «extrañeza», para diferenciar los propios del resto. Por lo tanto, “olvidarse de la extrañeza es olvidarse de la familia. Es imaginar una sociedad donde solamente haya dos sujetos soberanos, el individuo y el estado y esa no es toda la verdad. La familia es también un sujeto soberano. Es más, es el más importante. Es, repetimos, el que nos constituye como humanos” (Pérez Adán, 2016, p. 15). De este modo, ser hijo es potencialmente ser un ser familiar. Dentro de esta realidad diacrónica se halla nuestra identidad, no únicamente en el ser «hijos», sino en todo un entramado de relaciones afectivas.

3.1.3. Postmodernidad y crianza

Una de las cuestiones que más nos llaman la atención en la postmodernidad es la crianza de los hijos. Algunos autores se hacen eco de los profundos cambios sociales que en pocas décadas se han ido sucediendo. Los cambios, ciertamente, son de toda índole: sociales, económicos, familiares, tecnológicos, científicos, etc. Pero qué duda cabe que todos estos cambios han afectado sobremanera a la figura de los hijos y a la percepción de los mismos. No en vano, Emmanuel Lévinas subraya este aspecto tan referencial al referirse a la paterno-filial:

La paternidad es una relación con un extraño que, aun siendo el otro, es un yo. La relación del yo con un yo-mismo que es, sin embargo, extraño a mí. En efecto, el hijo no es simplemente mi obra, como un poema o como un objeto fabricado, no es tampoco mi propiedad. Yo no tengo a mi hijo, yo soy, de alguna manera mi hijo. Tan solo que aquí las palabras yo soy tiene una significación diferente de la significación eleática o platónica. Hay una multiplicidad y una trascendencia en ese verbo existir. Es un existir pluralista (1995, pp. 86-87).

Se está dando un acelerado y marcado individualismo social que afecta a la matriz del ser hijos, los cuales dejan de entenderse como don y pasan a ser una elección de carácter personal. Da la sensación que muchas de las virtudes que acompañaban a la estructura familiar también se han ido diluyendo y, no olvidemos, que necesarias para la familia: “Las virtudes de la justicia, de la fortaleza y de la templanza tienen por efecto que el hombre viva en armonía consigo mismo [y en comunidad familiar]” (Rhonheimer, 2000, p. 266). La familia ha de ser escuela de virtudes y lugar donde estas se vivan cotidianamente, sin perder de vista que más importante que buscar la perfección en la labor instructiva de los hijos es la voluntad de no dejarse invadir por la desesperanza y, sobre todo, que jamás cunda el desaliento.

Hemos señalado líneas más arriba –como tesis transversal que acompaña todo nuestro texto– que el «ser del hijo» no se entiende sin un nudo diacrónico de relaciones y nunca de forma aislada; en cambio, en el presente, se acentúa más la condición de ser padres que la del don recibido del hijo. Como acertadamente señala un autor contemporáneo: “Nada hay más escandaloso para la ética de este siglo que no querer a los hijos, no cuidarlos, no educarlos, aquí se detiene la carrera individualista narcisista” (Lipovetsky, 1994, p. 58). Tengamos presente que los valores de matriz cristiana han pasado de ocupar un lugar central a ser periféricos (Dreher, 2018). Por esta misma razón es necesario robustecer a los padres de la sociedad actual con miras a una educación óptima para sus hijos y que no se dejen vencer por valores hedonistas. Como indicó Chesterton, “una cosa muerta puede ser arrastrada por la corriente, pero solo algo vivo puede ir contra ella” (2006, p. 325), por lo que se necesitan familias con una clara identidad de su proyecto y que sean adecuadamente formadas y orientadas.

La realidad del hijo se ha entronizado dentro de una mentalidad propia del mercado y de consumo, tal y como ocurriera antes en la vertiente familiar. Que no nos extrañe esta aseveración, pues “gran parte de las transacciones humanas que importan tienen lugar fuera del mercado y fundamentalmente se da en los ámbitos domésticos” (Pérez Adán, 2020, p. 57). Lo cual significa que este intercambio puede basarse desde la gratuidad, como lo es normalmente, pero a la vez puede presentarse el peligro de que aparezcan ciertas formas de egoísmo. No en vano, como alerta el papa Francisco en este mismo sentido: “todos nos vemos afectados de algún modo por la cultura globalizada actual que, sin dejar de mostrarnos valores y nuevas posibilidades, también puede limitarnos, condicionarnos e

incluso enfermarnos” (EG, n. 57). La sociedad puede presentar, según qué momentos, una mejor o peor salud social: “por salud social entenderemos la mayor o menor adecuación de una sociedad a criterios morales de excelencia” (Aznar, 2019, p. 287), por lo que se hace más necesario que nunca hablar de familias y de hijos.

4. La figura filial en el Magisterio del Papa Francisco

4.1. La necesidad de repensar la educación de los hijos desde la familia

El papa Francisco ha tratado de forma holgada la figura del hijo y de la familia en distintos e importantes documentos magisteriales camino de los diez años de pontificado. Tenemos los recientes ejemplos de sus Encíclicas *Lumen fidei* (2013); *Fratelli tutti* (2020) o el caso de las Exhortaciones Apostólicas *Evangelii gaudium* (2013); *Amoris laetitia* (2016); *Gaudete et exultate* (2018) o *Christus vivit* (2019). En los años que viene ocupando la sede petrina ha dedicado una especial atención a esta cuestión, unas veces lo ha abordado en forma de *Encíclica* y otras de *Exhortación Apostólica*, pero de una u otra forma ha dejado clara la necesidad de abordar la cuestión del hijo como un tema central y no a modo de apéndice de la familia, como se ha venido haciendo hasta la fecha cuando simplemente los estudios se limitaban a hablar de los hijos como la «prole». En los documentos eclesiales siempre se ha hablado de la familia y de la filiación, pero no se ha tratado con especificidad el tema central del «hijo» en toda su vicisitud. Así pues, el pontificado de Bergoglio ha abordado de forma extensa la cuestión de la familia y, como consecuencia de esta, la figura concreta de la filiación –que ocupa un lugar central en su reflexión–. No en vano, la cuestión familiar resulta un contenido transversal a lo largo de su amplia reflexión y de todo su magisterio, al otorgarle al papel de los hijos un lugar preponderante.

El papa argentino entiende que los padres han de saber educar a sus hijos y, a la vez, ofrecerles la posibilidad real de que estos puedan salir del hogar para realizar su propio proyecto vital, pues no es bueno que los hijos permanezcan en la casa paterna más tiempo del necesario. Por ello en *Amoris Laetitia* dirá que “el Evangelio nos recuerda también que los hijos no son una propiedad de la familia, sino que tienen por delante su propio camino de vida [que hay que saber estimular]” (AL, n. 18). Además, no son pocas las ocasiones donde las crisis de los propios padres incide en el devenir y futuro de sus hijos y en las ulteriores decisiones de posible vida conyugal,

pues ver el fracaso afectivo y las rupturas de sus progenitores genera la impresión de que seguir el mismo recorrido que ha conducido hacia una frustración afectiva es imitar el mismo final, por ello alerta de que “son muchos los que suelen quedarse en los estadios primarios de la vida emocional y sexual. La crisis de los esposos desestabiliza la familia y, a través de las separaciones y los divorcios, puede llegar a tener serias consecuencias para los adultos, los hijos y la sociedad” (AL, n. 41).

A todo lo dicho se suman las sucesivas modas que recorren nuestras secularizadas ciudades y que se centran en el tan ansiado consumismo, individualismo y desapego hacia un posible compromiso afectivo. La natalidad en los países occidentales se ha resentido de forma notable –como hemos señalado– en las últimas décadas, pues se han centrado los intereses en el propio «yo» y no en la gratuidad de la donación. Es necesario pasar del *homo oeconomicus* al *homo reciprocans*, como subraya la filósofa valenciana Adela Cortina (2009). De esta manera, “la sociedad de consumo también puede disuadir a las personas de tener hijos sólo para mantener su libertad y estilo de vida” (AL, n. 42). La familia no queda exenta de todas estas modas y está sufriendo grandes y graves transformaciones que proceden del ámbito laboral y de estilos de vida que no benefician a esta milenaria institución. Por todo ello, el papa señala que tales circunstancias no ayudan ni estimulan a que los padres dediquen el suficiente tiempo a sus hijos. Son muchas las circunstancias actuales que anteponen al bien del hijo y se fragua un tipo de relación poco motivada hacia el tiempo dedicado a cada miembro familiar: “Las jornadas de trabajo son largas y, a menudo, agravadas por largos tiempos de desplazamiento. Esto no ayuda a los miembros de la familia a encontrarse entre ellos y con los hijos, a fin de alimentar cotidianamente sus relaciones” (AL, n. 44).

No olvidemos que las conclusiones que se fueron extrayendo de las consultas efectuadas durante todo el camino sinodal sobre *La juventud y los hijos del presente* (2018), pusieron de manifiesto todo el abanico de situaciones complejas vividas por los jóvenes que, a la vez, planteaban nuevos retos y desafíos para toda la Iglesia y la sociedad en general. A las ya indicadas se suma la necesidad de educar en el seno del hogar, tarea que hoy se ve obstaculizada por muchas causas, entre otras porque “los padres llegan a su casa cansados y sin ganas de conversar, en muchas familias ya ni siquiera existe el hábito de comer juntos, y crece una gran variedad de ofertas de distracción además de la adicción a la televisión. Esto dificulta la transmisión de la fe de padres a hijos” (AL, n. 50). La «transmisión

de la fe» es una de las tareas que se presentan con mayor dificultad para los padres y en esta misión se han detenido algunos autores recientes para reflexionar sobre ello (Aznar, 2019). Desgraciadamente la televisión ocupa un lugar preponderante en el interior del hogar, tanto que la pantalla es la única que habla y a la que todos escuchan sin la más mínima crítica (Donati, 2019). De alguna manera le hemos concedido un privilegio y exclusividad inauditos en el más sagrado interior del hogar. A ningún extraño le permitiríamos tantas horas de influencia acrítica en nuestros hogares y entre nuestros hijos. Se han realizado algunas experiencias educativas donde se buscaba cerrar la televisión en determinadas franjas, como durante las comidas, y ha resultado un auténtico reto para aquellos que lo han intentado, dado el peso que este electrodoméstico ocupa en la actualidad (Muñoz, 2004).

Recuerda el papa que estamos asistiendo a una sociedad donde se está arremetiendo contra la figura del padre desde distintas tribunas y que tienen la finalidad de socavar en pro de una ideología determinada. Por ello advierte que “La ausencia del padre marca severamente la vida familiar, la educación de los hijos y su integración en la sociedad. Su ausencia puede ser física, afectiva, cognitiva y espiritual. Esta carencia priva a los niños de un modelo apropiado de conducta paterna” (AL, n. 55). De modo que gran parte de las crisis actuales que se derivan del entorno familiar tiene como origen y causa la ausencia del padre. A juicio del pontífice, tal hecho redundará en una serie indeterminada de dificultades que irán socavando la institución familiar desde dentro. Nada bueno traerá tan marcada ausencia y progresivo deterioro del modelo paterno.

A toda esta situación hay que añadir el declive que se está produciendo en referencia a la acogida de la vida que numerosas corrientes antinatalistas están fomentando; primero en Occidente y después en todo el mundo, de modo que el valor de la acogida se ha ido diluyendo y se ha instalado una notable incomodidad ante la misma. El papa procura ensalzar y subrayar en nuestra generación el valor de la misma: “Cada nueva vida nos permite descubrir la dimensión más gratuita del amor, que jamás deja de sorprendernos. Es la belleza de ser amados antes: los hijos son amados antes de que lleguen” (AL, n. 166). En tal sentido, la gratuidad que supone tal acogida, en relación con la belleza de la misma, es más necesaria que nunca en un mundo que no parece valorar tal dimensión y que tiende a esconderla, cuando no atacarla en su misma matriz. El deseo del hijo es imprescindible para la acogida del mismo, pues una cultura que no desea hijos difícilmente los acogerá como estos

merecen ser acogidos y, más difícil aún tendrá un futuro y una esperanza fundada. Sin filiación no hay progreso ni germen vital.

Del mismo modo que se ha de fomentar el deseo por la recepción del hijo, ha de procurarse que esta acogida no se prolongue excesivamente en el tiempo, pues son cada vez más los hijos que no salen del hogar por falta de medios o por comodidad, cuando la edad ya pide la emancipación. A esta realidad han de estar atentos muchos padres que ejercen sobre sus hijos una protección excesiva y que en nada beneficia a ambos: “Tampoco es bueno que los padres se conviertan en seres omnipotentes para sus hijos, que sólo puedan confiar en ellos, porque así impiden un adecuado proceso de socialización y de maduración afectiva. Para hacer efectiva esa prolongación de la paternidad en una realidad más amplia” (AL, 279).

La familia atraviesa una crisis cultural profunda, en palabras del papa, como ocurre actualmente con todas las comunidades y vínculos sociales. En el caso de la familia, la fragilidad de los vínculos se vuelve especialmente grave porque se trata de la célula básica de la sociedad, pues es el verdadero lugar donde se aprende a convivir en la diferencia y a pertenecer a otros, y donde los padres transmiten la fe a sus hijos es en su interior. El matrimonio tiende a ser visto como una mera forma de gratificación afectiva que puede constituirse de cualquier manera y modificarse de acuerdo con la pasajera emoción de cada cual. Pero “el aporte indispensable del matrimonio a la sociedad supera el nivel de la emotividad y el de las necesidades circunstanciales de la pareja” (EG, n. 66).

Como podemos entender, el papa aborda a lo largo y ancho de su magisterio el problema de la secularización actual que se da en la sociedad y, especialmente, el declive de la práctica sacramental de los hijos del presente. Es innegable que muchos se sienten desencantados y dejan de identificarse con la tradición católica a la que pertenecen y pertenecieron sus padres. De hecho, son cada vez más los padres que no bautizan a sus hijos ni les enseñan a rezar e, incluso, se da un cierto éxodo hacia otras comunidades de fe. Por todo ello, Francisco analiza algunas de las causas de esta ruptura que no le han pasado desapercibidas y las va desgranando: “La falta de espacios de diálogo familiar, la influencia de los medios de comunicación, el subjetivismo relativista, el consumismo desenfadado que alienta el mercado, la falta de acompañamiento pastoral a los más pobres, la ausencia de una acogida cordial en nuestras instituciones, y nuestra dificultad para recrear la adhesión mística de la fe en un escenario religioso plural” (EG, n. 70).

No olvida el sumo pontífice que la filiación, tal y como hemos expresado en el primer apartado de este estudio, es referencial a todo sujeto humano. Por ello, coincidimos al explicitar que “el ser humano es al mismo tiempo hijo y padre de la cultura a la que pertenece” (EG, n. 122). La condición de hijo es sustantiva a todos los hombres y mujeres y desde ella se aprende o se forja la posible paternidad del futuro. Aprendemos a ser padres siendo buenos hijos y recibiendo el mejor ejemplo de nuestros progenitores y de atenta escucha a una madre. Es por ello que nunca los posibles o “aburridos consejos de una madre se pierden, pues dan fruto con el tiempo en el corazón de los hijos” (EG, n. 140).

El santo padre ensalza de esta manera la vida diaria y casi anónima de miles y miles de matrimonios que educan a sus hijos en la fe con toda la dedicación que les es posible y con cierta santidad. Para Francisco se trata de un pequeño milagro que se constata de forma natural pero que, a la vez, tiene mucho de sobrenatural: “Me gusta ver la santidad en el pueblo de Dios paciente: a los padres que crían con tanto amor a sus hijos” (GE, n. 7). Como, tantas veces, los hijos piden la atención de sus padres, a quienes necesitan expresar todos sus sentimientos y vivencias de modo que se sientan reconocidos por unos padres muchas veces cansados de bregar durante una larga jornada: “su hijo le pide conversar acerca de sus fantasías, y aunque esté cansada se sienta a su lado y escucha con paciencia y afecto. Esa es otra ofrenda que santifica” (GE, n. 16).

La agresión a la figura del hijo recibe en el presente muchos y múltiples estímulos que truncan de golpe el futuro de una sociedad. Desde la grave realidad del aborto a la inmigración de las familias más jóvenes, se van configurando sociedades donde el futuro se cierra a aquellos países que lo sufren. Por ello indica que “la fractura también concierne a las comunidades de origen, que pierden a los elementos más vigorosos y emprendedores, y a las familias, en particular cuando emigra uno de los padres o ambos, dejando a los hijos en el país de origen” (CV, n. 93). La Iglesia tiene que desarrollar un papel importante en referencia a los jóvenes de estas familias rotas y desea ayudar en la armonización de juventud y de futuro en el país de origen. Aunque el Papa Francisco pide generosidad a los países más ricos a la hora de abrazar a aquellos que llaman a sus puertas y buscan ayuda, no olvida que se produce una fractura en los países de origen.

A todas estas realidades se une el drama del divorcio que aumenta cada día y que no parece tener techo. En este sentido, los hijos aprecian el amor y el cuidado de sus padres y dan importancia a los

vínculos familiares que les impulsan a formar una futura familia en sintonía con lo que han aprendido de sus padres. Pero, “sin duda el aumento de separaciones, divorcios, segundas uniones y familias monoparentales puede causar en los jóvenes grandes sufrimientos y crisis de identidad. A veces deben hacerse cargo de responsabilidades desproporcionadas para su edad, que les obligan a ser adultos antes de tiempo. Los abuelos con frecuencia son una ayuda decisiva en el afecto y la educación religiosa: con su sabiduría son un eslabón decisivo en la relación entre generaciones” (CV, n. 262). En este sentido, el papa privilegia la ayuda de los abuelos como alivio de tantas familias rotas por las separaciones, pero la solución real pasa por la reconstrucción de los vínculos familiares por medio de ayudas externas que puedan paliar toda esta realidad.

Es evidente que la transmisión de la fe en todos estos núcleos familiares tan desestructurados va a sufrir una mengua significativa, pues “a los padres corresponde no sólo engendrar a los hijos, sino también llevarlos a Dios, para que sean regenerados como hijos de Dios por el bautismo y reciban el don de la fe” (LF, n. 43). Por todo lo dicho el papa alerta de que “es importante que los padres cultiven prácticas comunes de fe en la familia, que acompañen el crecimiento en la fe de los hijos” (LF, n. 53), pues de lo contrario el regalo y don que supone la fe se irá perdiendo irremisiblemente con el tiempo. Son muchos los padres que tienen dificultades para legar la fe a sus hijos, no solo por factores externos que les influyen, sino por los distintos ritmos de seguimiento religioso en el mismo interior del hogar.

Como hemos subrayado, la falta de hijos provoca el envejecimiento de las poblaciones y conduce hacia un egoísmo que también olvida al mayor. Desde esta perspectiva, Francisco levanta el lamento hacia un tipo de sociedad donde crece el apartar a un sector de la población y donde lo que abundan son los bienes materiales frente al valor de lo propiamente humano: “objeto de descarte no es sólo el alimento o los bienes superfluos, sino con frecuencia los mismos seres humanos” (LF, n. 14). La fractura también se extiende a las comunidades de origen, que se resienten del abandono progresivo de aquellos que han visto nacer y que se van casi sin remedio a buscar nuevos horizontes y un futuro mejor. Sin duda, este afer repercute en los países de origen que pierden a sus hijos y el futuro que en ellos se encarna. Por consiguiente, también “hay que reafirmar el derecho a no emigrar, es decir, a tener las condiciones para permanecer en la propia tierra” (FT, n. 39). El papa tiene una mirada sobre las poblaciones nativas y su progresivo vaciamiento en aras

de un futuro más prospero, que repercute en las comunidades de origen en una enorme pobreza de culturas y de lenguas.

Se han oído voces en estos tiempos de crisis y de pandemias que se han caracterizado por una creciente inhumanidad y que a todos nos ponen en alerta. No son pocos los que, a raíz de las crecientes muertes por la Covid-19, han manifestado el derecho de unos sobre otros a la hora de recibir una atención sanitaria que no se podía extender a todo el conjunto. Por ello, el papa Francisco ha visto la necesidad de alertar ante tal disfunción: “No en vano estamos viendo lo que sucede con las personas mayores en algunos lugares del mundo a causa del coronavirus. No tenían que morir así” (FT, n. 19). Cuando se ataca el futuro, atentando contra la idea del hijo, al mismo tiempo y en paralelo se ataca también la figura del padre y del mayor.

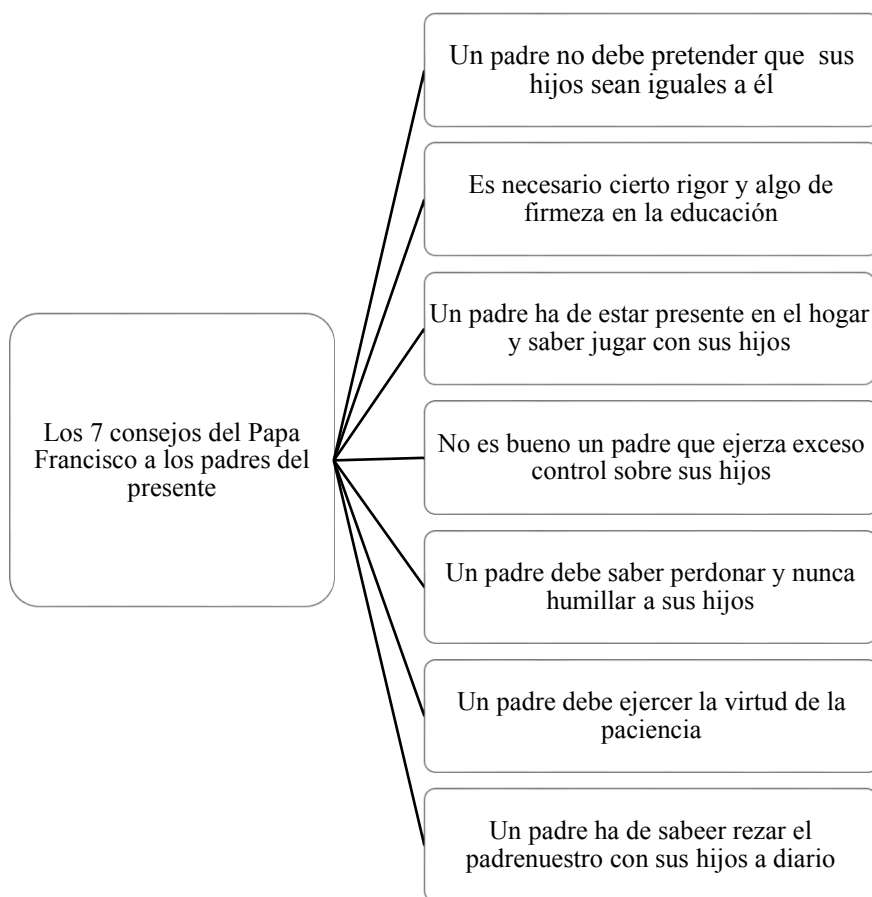
Frente a los ataques que la familia ha ido recibiendo en las últimas décadas en orden a la educación de los hijos, el papa recuerda en línea con los documentos magisteriales precedentes como fueron la Encíclica *Divini Illius Magistri* de Pío XI (1929), la Declaración *Gravissimum Educationis* de Pablo VI (1965) o la Carta a las Familias *Gratissimam Sanae* de san Juan Pablo II (1994), que los primeros educadores de los hijos son los propios padres. Por ello ha auspiciado la brillante idea de un pacto educativo global al que muchas naciones modernas se han adherido y que en otras sigue deseándose. En tal sentido hay que entender uno de los puntos nucleares de la encíclica *Fratelli Tutti* (2020), cuando subraya la necesidad de que este derecho primigenio sea salvaguardado por aquellos estados que se tienen por democráticos pero que, también hoy, parecen socavar parte de estos derechos:

En primer lugar me dirijo a las familias, llamadas a una misión educativa primaria e imprescindible. Ellas constituyen el primer lugar en el que se viven y se transmiten los valores del amor y de la fraternidad, de la convivencia y del compartir, de la atención y del cuidado del otro. Los educadores y los formadores que, en la escuela o en los diferentes centros de asociación infantil y juvenil, tienen la ardua tarea de educar a los niños y jóvenes, están llamados a tomar conciencia de que su responsabilidad tiene que ver con las dimensiones morales, espirituales y sociales de la persona. Los valores de la libertad, del respeto recíproco y de la solidaridad se transmiten desde la más tierna infancia (FT, n. 114).

Para el papa Francisco la familia es esa escuela de amor que después se proyecta a la sociedad para conformar un lugar más habitable y más humano. No existe familia donde el sufrimiento de uno

de sus miembros no haga que sufran todos con él, lo que genera solidaridad mutua. La diacronía de la familia gesta lazos comunes entre las distintas generaciones de forma que nadie queda excluido: “En una familia, los padres, los abuelos, los hijos son de casa; ninguno está excluido. Si uno tiene una dificultad, incluso grave, aunque se la haya buscado él, los demás acuden en su ayuda, lo apoyan; su dolor es de todos. Las alegrías y las penas de cada uno son asumidas por todos. ¡Eso sí es ser familia!” (FT, n. 230).

Figura 1. Consejos de Francisco a los padres del presente en materia de educación.



Fuente. Elaboración propia a partir de distintos discursos pronunciados por el Papa Francisco.

5. Conclusiones

La figura del hijo se ha tratado tradicionalmente dentro del contexto de la familia, como es natural, pero al mismo tiempo se ha hablado de la prole sin detenernos a estudiar esta figura tan singular en toda su riqueza. La figura del hijo requiere de una amplia reflexión que nos permita abordar desde las ciencias sociales su situación dentro del entramado social. Han sido tradicionalmente las ciencias humanas las que se han ocupado del estudio de la familia, pero en el presente hemos visto la necesidad de acercarnos y detenernos en la concreción filial dado que el mismo Papa Francisco, en su magisterio, ha dado notables pinceladas sobre tal asunto. La condición filial es constitutiva de lo humano, pues todos nacemos como hijos dentro de una familia, y tal condición no nos abandona nunca por lo que nos constituye como seres humanos. Las otras condiciones son de posibilidad y relativas a esta primera, es decir, podemos ser padres, hermanos, esposos, etc., pero lo que no podemos dejar de ser es hijos.

La filiación puede además ser vivida como condición de posibilidad desde dos planos o vertientes: biológica y espiritualmente; en ambos casos posee un carácter diacrónico de relaciones y vivencias, tanto en el plano social como subjetivo. Por medio de la familia humana se establecen relaciones basadas en la reciprocidad del débito del amor y en la esfera espiritual desde el sentido de filiación respecto a un padre eterno. Cuando se ataca desde distintas instancias la figura del hijo lo que realmente se resiente es el futuro de toda sociedad y se sigue la muerte del padre, pues el padre no tiene sentido sin el hijo. El hijo o el deseo del mismo es condición *sine qua non* para que podamos hablar de familia, de modo distinto hablaríamos de pareja humana.

En las distintas culturas la figura del hijo ha presentado caracteres ambivalentes de acogida o rechazo. Fue precisamente la tradición de esencia judeocristiana la que resignificó el valor de la vida, de la persona y, por tanto, del hijo al hablar de hombre y mujer como imagen y semejanza de Dios. Del mismo modo que había en todo hombre y mujer una filiación que estaba en relación con un padre eterno. No en vano, el Papa Francisco ha querido significar la dignidad del hijo de forma transversal en todo su magisterio y lo hecho abordando los problemas sociales que los hijos y las familias están viviendo en el presente: la educación en la fe, la familia y su coyuntura histórica, la natalidad, el problema de los mayores, etc. son cuestiones que afectan a la sociedad en el presente y que no pasan

inadvertidos en sus reflexiones para aportar soluciones desde los valores evangélicos.

Referencias

- Aznar Sala, J. (2019). La familia ante la transmisión de la fe en un contexto de secularización. *Familia. Revista de Ciencia y Orientación familiar*, (57), 55-65.
- Aznar Sala, J. (2020). “Bienestar y salud Social”, en Pérez Adán, J., (Ed.), *Economía y salud social*. Eunsa.
- Burggraf, J. (1999). *Mujer y hombre frente a los nuevos desafíos de la vida en común*. Eunsa.
- Chesterton, G.K. (2006). *El hombre eterno*. Cristiandad.
- Chesterton, G.K. (2009). *Por qué soy católico*. El buey mudo.
- Cortina, A. (2009). *Ética de la razón cordial*. Nobel.
- Donati, Pp. (2019). *Sociología relacional de lo humano*. Eunsa.
- Dreher, R. (2018). *La opción Benedictina*. Encuentro.
- Gevaert, J. (2008). *El problema del hombre*. Sigüeme.
- Guitton, J. (2004). *Lo que yo creo*. Belaqva.
- Lévinas, E. (1995). *De Dios que viene a la idea*. Esprit.
- Lipovetsky, G. (1994). *El crepúsculo del deber*. Anagrama.
- Lorda, J. L. (2009). *Antropología Teológica*. Eunsa.
- Martín-Blázquez, C. (2017). *Fragmentos*. Sindéresis.
- Muñoz, S. A. (2004). La influencia de la nueva televisión en las emociones y en la educación de los niños. *Revista Internacional de Psicología*, 5(02), 1-31.
- Pérez Adán, J. (1997). *Socioeconomía*. Trotta.
- Pérez Adán, J. (2003). *Comunitarismo*. Sekotia.
- Pérez Adán, J. (2008). *Adiós estado, bienvenida comunidad*. Ediciones Internacionales Universitarias.
- Pérez Adán, J. (2016). *7 conceptos de la sociología actual*. Fundación Interamericana Ciencia y Vida.
- Pérez Adán, J. (2020). Economía mariana, en Pérez Adán, J. (Ed.), *Economía y salud social*. Eunsa.
- Polo, L. (2015). *La persona humana y su crecimiento*, en *Obras completas*, vol. XIII. Eunsa.
- Ponce Cuellar, M. (1997). *El misterio del hombre*. Herder.

- Rhonheimer, M. (2000). *La perspectiva de la moral*. Rialp.
- Rota Scalabrini, P. (2016). *Yo y mi casa serviremos al Señor*. Ediciones Paulinas.
- Ruiz de la Peña, J. L. (1988). *Imagen de Dios*. Sal Terrae.
- Sagrada Biblia. (2012). Versión oficial de la CEE, AC.
- Scheffczyk, L. (2015). *El mundo de la fe católica*. Ediciones Cristiandad.
- Schooyans, M. (2006). “Control de nacimientos e implosión demográfica”, en *Lexicón*, 169-182.
- Sellés, J. F. (2020). La familia y su estatuto noético según Leonardo Polo. *Familia: Revista de ciencias y orientación familiar*, (58), 25-40.
- Wojtyła, K. (1999). *El don del amor. Escritos sobre la familia*. Palabra.

Siglas y documentos magisteriales

- A.T. (Antiguo Testamento)
- AL (Amoris Laetitia)
- CV (Christus Vivit)
- EG (Evangelii Gaudium)
- FT (Fratelli tutti)
- GE (Gaudete et Exultate)
- LF (Lumen Fidei)
- N.T. (Nuevo Testamento)

Nota: Este artículo se encuentra dentro de la línea de investigación Vínculos interpersonales y sus implicaciones en la familia de la Universidad Católica de Valencia “San Vicente Mártir” (Facultad de Filosofía, Letras y Humanidades).

